

GLOSARIO DE REVISTAS

Rosny, presidente de la Academia Goncourt

Recientemente ha sido elegido presidente de la Academia Goncourt el conocido novelista J. H. Rosny, aíné. Con este motivo los periódicos y las revistas literarias de Francia registran noticias y artículos de homenaje al maestro.

Pierre Masse se ocupa de él en un buen trabajo que publicó hace poco *Les Nouvelles littéraires*. He aquí un resumen de sus párrafos culminantes:

Rosny comienza su carrera de escritor cuando las fuerzas del naturalismo francés no sólo estaban intactas sino que se hallaban en el instante cenital de su existencia. Zola, Daudet, Goncourt, Coppée, etc., eran los dioses y semidioses de la época. Cada escritor trataba de seguirles el paso, exagerando sus procedimientos y llevando así la escuela a su necesaria decadencia. En ese tiempo el actual maestro ensaya sus fuerzas por primera vez y lanza su novela *Nell Horn* (1886).

Edmundo Goncourt sintióse

atraído por el talento que manifestaba este joven escritor y lo atrajo hacia el círculo en que se movían los más prestigiosos escritores de aquel tiempo. En cierto modo la amistad de Goncourt decidió el porvenir literario de Rosny. Alentado y aplaudido por aquél, el autor de *Nell Horn* lanza luego su obra titulada *Bilatéral*. En toda la primera etapa de la obra de Rosny hallamos la influencia naturalista. Hombre de espíritu preciso, amante de la ciencia, Rosny encontraba en la escuela de Médan la mejor manera de expresarse literariamente.

Desde aquellos años el escritor no ha dejado de producir, tentando cada vez un vuelo más personal, hasta llegar a sus últimas obras que le muestran como un maestro indiscutible del género. Su arte es preciso y justo. Sus personajes tienen psicologías simples, bondadosas, que nos tocan muy de cerca. No deja Rosny de ser en algo naturalista, pero en su manera ha entrado mucho el impresionismo que se incubaba, en sus años de iniciación, junto

a su bohardilla y a su mesa de escribir.

No hace Rosny grandes cuadros, a lo Zola, con muchedumbres que se agitan por pasiones colectivas, ni siquiera sigue con minuciosidad de antropólogo la vida de una familia a lo largo de generaciones. Su novela es más íntima, más esencial. Pensada a la vez que observada, la vida fluye en ella sin agitaciones pero sí en la esplendidez de su variedad sin límites.

Masse examina con detenimiento *Bilatéral*: «Considerado en sus detalles, dice, con todas las excrecencias que invaden algunas de sus páginas, da la impresión confusa de un libro concebido en una crisis de crecimiento. Parece un monstruo, un bello monstruo.» Lo mismo, agrega, podría decirse de *La Légende sceptique*, libro inédito de Rosny, que su autor anunciaba ya por los años 1888 y 1889.

Rosny ha sabido utilizar la ciencia con un objetivo literario elevado y noble. Sus obras están engendradas con acuerdo a una técnica poderosa y ejecutadas por una inteligencia vigilante. Así se explican la seguridad de su estilo y el proporcionado equilibrio de las partes.

Masse termina su artículo diciendo: «La Academia Goncourt no podía elegir a nadie que la represente mejor que

este hombre de iniciativas fecundas, este prestigioso escritor que no ha separado jamás el talento de la probidad.»—S.

Por una nueva literatura rusa.

En el número XXXIV de la *Revista de Occidente* leemos un bien pensado artículo cuyo título es el de estas líneas, firmado por el escritor ruso Vladimir Astrow. Su publicación, según nota que se halla sobre él, obedece a un propósito que anima a la *Revista*: «dar a conocer las principales producciones de la literatura que florece actualmente en Rusia».

El artículo de referencia nos describe los principales períodos de una tórrida discusión literario-política de que ha sido escenario Rusia. «Durante siglos — comienza diciéndonos Astrow—, la mayor parte de la población fué mantenida en la pobreza y la estupidez por una clase directora grosera y hostil a la espiritualidad.» La literatura rusa hállase marcada, en efecto, por las consecuencias de semejante proceder. Es escasa en relación a la gigantesca cuantía de la población del país eslavo y contiene siempre un fermento íntimo de agitación social. Parece la obra de unos cuantos profetas que —como los bíblicos— censuran y amenazan.

Producida la revolución, fué

intento de algunos dirigentes del movimiento hacer una cultura netamente proletaria, potenciar las capacidades inéditas del pueblo y abrir caminos y presentar metas a muchos espíritus. Contra estas intenciones hubo algunas resistencias que fueron de corta duración: «El hecho es—dice Astrow— que no solamente la resistencia pasiva de la mayor parte de los intelectuales fué de corta duración, sino que los elementos mejor dotados y más sedientos de progreso de las «capas inferiores» siguieron naturalmente a la intelectualidad bajo cuya dirección podían ser iniciados en los secretos del arte y de la cultura. Las innumerables escuelas y sociedades obreras de «cultura proletaria» fueron dirigidas con éxito por notables representantes de la intelectualidad.»

Este período de colaboración no pudo subsistir por largo tiempo: tenía enemigos inferiores que concluyeron por vencerlo. Los futuristas, que se desarrollaron en ese tiempo en gran número, emprendieron una campaña furiosa contra los elementos de generaciones anteriores, que entendían el arte en forma distinta.

Al mismo tiempo el Estado de la dictadura proletaria quería realizar por su cuenta el surgimiento del pueblo a una vida cultural elevada. Los futuristas y los elementos más jó-

venes del arte y de la literatura formaron en las filas oficiales y enderezaron contra los viejos, los representantes de generaciones ya pasadas, violentos ataques. A éstos les fueron negadas todas las facilidades que puso el Estado proletario a disposición de los artistas proletarios. Tan importante llegó a ser el problema, que el propio Trosky se ocupó de estudiarlo en su folleto «Literatura y revolución», publicado en 1923. El estadista revolucionario era en cierto modo amigo de la colaboración. Para él las fuerzas directivas de la dictadura no tendrían tiempo para ocuparse de los intereses de la cultura durante el cumplimiento de su misión. Lógico era que se confiase esta tarea a los escritores de las clases no proletarias. Por cierto que Trosky no la confía sin restricciones: al contrario, el partido comunista habría debido tener siempre, según él, un contralor efectivo sobre los elementos intelectuales.

Sucediose entonces una etapa de colaboración en que trabajaron unidos, sin grandes rencillas al principio, los proletarios y los burgueses, en las letras y en la cultura general. Pero pronto los primeros se despeñaron en un torrente de intransigencia y de ataque denodado que no retrocedió ante ningún arma para perseguir el triunfo. Un crítico comunista,

Osinsky, ha escrito en *Pravda*, diario del partido, artículos en que hace alusión a tales ataques, y ha podido condenarlos. Una asociación de escritores proletarios que se forma, sintetiza los principios que guían su acción: «La dominación del proletariado—leemos en el artículo de Astrow—es incompatible con la dominación de una ideología no proletaria, y, por tanto, de una literatura no proletaria. Hablar de que en la literatura es posible una colaboración y una emulación pacíficas de direcciones ideológicas distintas, no es sino una utopía reaccionaria.»

El intento, como se ve, lleva envuelta la hegemonía de la cultura. No se trata de que la lucha tranquila de ambos tipos de cultura, la proletaria y la burguesa, arroje su resultado en la forma y en el tiempo oportunos, sino de que subsistan la una o la otra solamente. Esto es, según lo ha calificado el diario *Pravda*, «el principio de la lucha sistemática de esta literatura por el triunfo pleno, por la anulación de todas las clases y matices de la literatura burguesa y pequeño-burguesa». Los proletarios han pedido que el partido comunista asuma la dirección cultural en la misma forma en que ha tenido y tiene la dirección política y social del país. Toda ideología que no responda claramente a los principios

consagrados por el partido habría sido extirpada. Tales elementos, leemos luego, «pedían además, y principalmente, que los «concurrentes» fuesen oficialmente tratados como parias, y demandaban a este propósito que la dirección superior de la editorial del Estado, las revistas y la censura artística y literaria fuesen puestas en manos de los representantes de la literatura proletaria».

Vino a salvar el entredicho el cambio de frente político que se ha visto obligado a aceptar el partido comunista. La actitud hegemónica que pedían los artistas proletarios estaba en consonancia con el apabullamiento de todo lo que no fuera proletario en los terrenos político y económico. Pero ahora se vive un período de colaboración general, muy alejado por cierto de los frenéticos extremismos del comienzo. «En la primavera de 1924—nos dice Astrow—se reunió una conferencia de conspicuos, convocada por el partido (comunista), para ofrecer una tregua a las pasiones desbordantes y fijar una determinada línea directiva en la política de la literatura.» No tuvo éxito esta reunión. «El partido viose, pues, obligado, en el año 1925, a celebrar una segunda conferencia, la cual, esta vez, tomó una clara y decisiva posición respecto del problema.»

Los principios a que se ha

llegado a acuerdo en esta segunda conferencia se pueden resumir en la forma siguiente: «El partido debe apartar todas los elementos antiproletarios y contrarrevolucionarios y combatir la ideología de la nueva burguesía, pero tratar con miramientos las variedades ideológicas intermedias. Todo superficial desprecio a los antiguos valores culturales y a los especialistas de las bellas letras debe ser resueltamente rechazado. La crítica comunista no

puede adoptar el tono de mandato. Ha de permitirse la libre competencia de las distintas agrupaciones y corrientes en cada terreno.»

¿Será duradera esta solución intermedia? Tiene por lo menos a su favor el que la posición intransigente del partido comunista haya cedido el paso a la colaboración política y económica. Eso sin duda asegura en cierto modo su permanencia, para bien de la cultura rusa. —S.